

REVISIÓN CRÍTICA DE LA NOCIÓN DE SABIDURÍA COMO PERSPECTIVA ALTERNATIVA EN PSICOLOGÍA¹

Andrea Mojica²
Jaime Yañez Canal³

Universidad Nacional de Colombia

RESUMEN

El presente artículo es resultado de una investigación documental en la que se sintetizan los planteamientos más destacables de las múltiples definiciones de la sabiduría desde una perspectiva psicológica, teniendo en cuenta en su formalización aspectos como la tradición cultural de referencia y la distinción entre teorías explícitas e implícitas sobre sabiduría. En general, se encontró que todas las formulaciones revisadas subrayan características como la experiencia, la flexibilidad, la introspección, la reflexión, la sensibilidad, la afectividad, la sociabilidad, los marcos simbólico-culturales y la temporalidad cíclica a la hora de intentar definir de qué se trata la sabiduría y/o quienes son las personas sabias. El énfasis en la colectividad, en los fines de la sabiduría, en la identidad y en las características personales del sabio plantea un prometedor horizonte de trabajo en torno a una comprensión distinta de la cognición, la moralidad y la ciudadanía.

ABSTRACT

This article is the result of a documentary research in which the most remarkable approaches of wisdom's multiple definitions from a psychological perspective are synthesized, taking into account in its formalization issues such as the cultural tradition reference and the distinction between explicit and implicit theories about wisdom. Overall, in the effort of defining wisdom and who are wise people, it was found that all the reviewed formulations emphasize characteristics such as experience, flexibility, introspection, sensitivity, affection, sociability, symbolic-cultural frames and cyclic temporality. The emphasis in collectivity made on wisdom goals, on identity and personal characteristics of the wise one, raise a promising working horizon related to a different comprehension of cognition, morality and citizenship.

Palabras claves:

Sabiduría, desarrollo, ciclo vital, cognición, moral.

Keywords:

Wisdom, development, life cycle, cognition, morality.

Recibido: 01/10/2009

Aprobado: 30/11/2009



Como bien lo documentan Stemberg (1990), Stemberg y Jordan (2005), Baltes (2004), Baltes y Kunzmann (2004), Birren y Svensson (2005), Ardelt (1997, 1998, 2000, 2000a, 2000b, 2004, 2004a, 2005), Achenbaum (1997), Takahashi (2000), Takahashi y Bordia (2000), Takahashi y Overton (2002), Trowbridge (2005, 2008, 2008a), entre otros, el estudio de la sabiduría en psicología, y en general el estudio científico de la sabiduría, es muy reciente. En efecto, mientras que en la tradición filosófica, e incluso religiosa, esta noción ha sido objeto de múltiples reflexiones, en psicología hasta ahora se intenta establecer una definición de referencia y una vía empírica de estudio, con miras a abordar formas de conocimiento y estilos de vida que escapan a los esquemas tradicionales de explicación cognoscitiva, social y afectiva. Inicialmente la sabiduría fue abordada como un modo de pensamiento y de resolución de problemas (Wolman, 1973; Baltes, 2004), que permitió la vinculación de este concepto a situaciones en las que se pone de manifiesto el desarrollo de estrategias creativas y armónicas para afrontar dificultades propias de la condición humana. A partir de esta aproximación desde la psicología pareció esbozarse una “primera impresión” de esta perspectiva, concretizada en el modelo de un individuo con múltiples recursos cognitivos, emocionales y sociales, capaz de hallar soluciones novedosas y funcionales a los problemas de la vida cotidiana.

El hecho de que la sabiduría no haya sido un tópico destacado en los ámbitos científico, teórico y académico en la modernidad, y que de manera progresiva empieza a ocupar un lugar importante en la investigación en psicología y en filosofía lleva a casi todos los investigadores en el área a responder las siguientes preguntas como preámbulo a sus respectivos desarrollos conceptuales: ¿Por qué estudiar la sabiduría? ¿Por qué hasta ahora resulta tan interesante como objeto de estudio? ¿Por qué, si es una noción tan antigua, no ha tenido un papel protagonista en las aproxima-

ciones cognitivas y morales sobre el juicio y la acción humana? ¿Qué pasó con la sabiduría a lo largo de la modernidad? Estos interrogantes parecen tener todos respuesta en un hecho que sin duda hace complejo el estudio de esta temática y que anuncia su “incompatibilidad” con respecto al abordaje positivista del sujeto y del conocimiento; si bien en la historia, en la cultura y en la vida cotidiana la noción de sabiduría y de la persona sabia nos resulta familiar, obtener una única definición resulta casi imposible en virtud del carácter intuitivo y evanescente, intrínseco a ella misma.

Internarse en la sabiduría como área de trabajo e investigación supone en gran medida separarse de las definiciones tradicionales de conocimiento, para entrar en contacto con un discurso vago e impreciso, que si bien ha sido explotado por la religión y la llamada “literatura New Age” o de superación personal⁴ parece trascender estos usos (comerciales en gran medida) y aportar nuevas luces a la reflexión sobre grandes enigmas de la existencia humana. Términos como integración, quintaesencia, conocimiento especializado, coherencia, virtud, experticia, pragmática, balance, sinergia, conservación e influjo, por mencionar algunos, dan cuenta del grado de dificultad en la labor de definir claramente a qué remite el concepto de sabiduría.

Esta idea, que puede confirmarse con una lectura amplia de las definiciones propuestas en el campo en las últimas tres décadas, invita a hacer un recorrido previo por la noción de sabiduría y del sabio en aras de precisar en qué contexto surgen, cuáles son sus referentes, a qué interrogantes responden y cómo se articulan con la praxis individual. Para finalizar, este documento presenta una breve exploración de los planteamientos más representativos de cada una de estas dimensiones y algunas conclusiones sobre las posibilidades de la noción de sabiduría moral con respecto a la comprensión de la subjetividad y de procesos colectivos y sociales.

1 Artículo producto del proyecto de investigación “Revisión crítica de la noción de sabiduría moral como perspectiva alternativa en el estudio del razonamiento sociomoral”, ganador de la I Convocatoria de Apoyo a proyectos de Investigación de Posgrado. Vicedecanatura Facultad de Ciencias Humanas. Artículo en proceso de revisión.

2 Docente de la Universidad Piloto de Colombia. Psicóloga de la Universidad Nacional de Colombia. Candidata a Maestría en Psicoanálisis, Subjetividad y Cultura de la Universidad Nacional de Colombia. Miembro del Grupo de Investigación “Estudios en razonamiento sociomoral”, Colciencias. Correo electrónico: : Andrea-mojica@unipiloto.edu.co

3 PhD. Profesor asociado de la Universidad Nacional de Colombia. Líder del grupo de investigación “Estudios en razonamiento sociomoral”, Colciencias. Correo electrónico: : jyanezca@unal.edu.co

4 Al respecto, Jullien (2007) afirma que se trata de un género al margen de la psicología y la medicina, que ha explotado el dualismo occidental mente-cuerpo y algunas referencias occidentales para procurar un saber poco sólido, sostenido más bien en la inquietud humana por el “desarrollo personal”, por la trascendencia y por la afectividad.

Las definiciones de sabiduría

Para iniciar este recorrido vale la pena acudir a algunas definiciones genéricas del concepto. El diccionario de la RAE (2001), por ejemplo, define la sabiduría como el grado más alto de conocimiento, como conducta prudente en la vida y como conocimiento profundo en ciencias, artes y letras. El Compact Oxford English Dictionary (2005), por su parte, la define como el cuerpo de conocimiento y experiencia desarrollada en un período o sociedad específica, y destaca su papel en la evaluación del comportamiento y de la vida en general. De acuerdo con Baltes (2004), en los diccionarios alemanes aparece vinculada al requerimiento de aplicación práctica. Otros diccionarios la proponen como un conocimiento de lo que es verdadero o falso, articulado al juicio y a la acción, que se manifiesta en cualidades como la sagacidad, el discernimiento o la perspicacia. En resumen, sea como conocimiento acumulado, actitud, “buen sentido” o habilidad, la búsqueda de una definición para la sabiduría esboza un campo muy amplio referido a un conocimiento superior que se refleja en ciertas características personales, que otorga a quien lo ostenta habilidades morales y prácticas (inaprehensibles pero correctas y adecuadas), y que está situado en un determinado contexto social y cultural. Desde estas coordenadas, se pueden abordar algunas referencias teóricas o documentales que habitualmente se incluyen en las revisiones cronológicas sobre el tema, y que se han constituido en textos claves para interpretarlo.

En primer lugar, cabe tener en cuenta la concepción diferenciada que sobre esta noción se esboza desde la tradición occidental y oriental respectivamente. Takahashi (2000) destaca que mientras para la tradición occidental las definiciones de sabiduría se centran en la idea de “habilidad cognitiva”, lo cual parece confirmado en las definiciones citadas en el párrafo anterior, en la tradición oriental se remite a diferentes aspectos y grados de conciencia en el ser humano (cognición, emoción, intuición, cortesía), que se coordinan y se integran en una acción determinada, en armonía con las condiciones del mundo y del contexto en el que se inscribe. El recorrido planteado a continuación, si bien está permeado por ambas tradiciones, está enmarcado en la tradición occidental fundamentalmente.

En segundo lugar, es necesario señalar que este concepto tiene diferentes connotaciones de acuerdo con la disciplina y el contexto desde el cual se utilice (Baltes, 2004). Desde una perspectiva religiosa, por ejemplo, la sabiduría es invocada como una característica asociada a dios, a la trascendencia más allá de la muerte, a valores determinados por ideales divinos y a las características necesarias para cumplir una misión de-

terminada; en el ámbito económico, la sabiduría está vinculada a la toma de decisiones, al manejo adecuado de intereses empresariales, al liderazgo o al desarrollo de competencias laborales (Escalante, 2003); en el ámbito moral, se refiere a un conocimiento orientado a la práctica y guiado por la moral, concebida en términos del bien y el mal involucrados en los esfuerzos de los seres humanos por vivir una buena vida (Kekes, 1997).

En suma, como lo señala Assmann (1991), puede hablarse de tantas sabidurías como contextos, por lo que resulta más preciso hablar de sabidurías y considerar el discurso desde el contexto desde el cual se profiere. Para efectos de esta investigación, la revisión se orientó a la noción general de sabiduría bajo la premisa de que en la medida en que remite a una concepción que involucra íntimamente el terreno de lo cotidiano, de lo más esencial del ser humano, el vínculo con la moralidad está necesariamente implícito en estas reflexiones. En todo caso, es importante señalar que lo moral no sólo apunta a la determinación de lo correcto y lo incorrecto sino a la propia identidad, a la forma en que el sujeto solventa sus propias crisis y a la manera en que se vincula con sus semejantes y con su comunidad.

Con este marco, entonces, se procede a abordar la definición de la sabiduría, a partir de lo que habitualmente las personas entienden por este término en la experiencia concreta. En esta línea, de acuerdo con Baltes (2004), se retoman tres categorías en las que usualmente se distribuyen estas respuestas, estas son: las referencias a figuras públicas que a lo largo de la historia se consideran personas sabias; las referencias a proverbios o máximas de sabiduría; y las anécdotas



y soluciones a problemas particulares de la vida que debido a su complejidad exigen respuestas creativas, flexibles y precisas frente a la incertidumbre. De entrada puede decirse que estas tres aristas del fenómeno hacen alusión a formas de conocimiento indeterminado, que no se restringe al conocimiento académico y que más bien indican reflexividad y serenidad. Aunque no se traten en sí mismos de “sabiduría” sino que más bien sean ejemplos de algo sabio, estas ilustraciones sugieren procesos de introspección profundos, que permiten la emergencia de consejos sabios y juicios adecuados sobre la condición humana. Tanto las figuras icónicas, como los proverbios y los ejemplos dan cuenta de la cristalización de un saber histórico y cultural de la comunidad, que trae consigo significados, símbolos y signos representativos de la cultura y la identifica de manera particular. Bajo este prisma, los investigadores han planteado al menos siete propiedades generales, no universales, pero que habitualmente se asumen como características inherentes a la sabiduría (Baltes 2004; Baltes & Staudinger, 2000 y Assman, 1991):

1. Remite a situaciones difíciles y significativas, y a estrategias sobre el comportamiento y el sentido de la vida.
2. Incluye la comprensión sobre los límites del conocimiento y la incertidumbre.
3. Representa un alto nivel de conocimiento, juicio y consejo.
4. Supone un conocimiento constituido con un extraordinario grado de alcance, profundidad y balance.
5. Exige una sinergia perfecta entre la mente y el carácter, esto es, una coordinación casi perfecta entre conocimiento y virtud.
6. Implica el uso del conocimiento para hacer el bien y generar bienestar para sí mismo y para los otros.
7. A pesar de la dificultad para lograr y caracterizar la sabiduría, ésta es reconocida con facilidad cuando se manifiesta.

En suma, bajo la rúbrica de la sabiduría se suscribe un conocimiento particular asociado a la percepción intuitiva de conocimiento práctico, que apunta de manera directa a la tensión entre lo que las personas creen sobre el funcionamiento típico de las situaciones cotidianas y la incertidumbre que comanda al mundo social y físico, se relaciona con el sentido mismo del yo y de la vida en situaciones límite y remite a la convergencia de atributos cognitivos, sociales y motivacionales articulados en un todo caracterizado por la excelencia en todas sus manifestaciones. Baltes y Kunzmann, citados por Baltes, (2004) señalan que este último aspecto, derivado de la concepción de la sabiduría como

virtud, refleja la fuerte influencia de concepciones religiosas en su definición, principalmente en los planteamientos o en las representaciones inspiradas en el Lejano Oriente. Resulta esencial tener en cuenta este señalamiento justamente porque estos matices tienen un papel determinante en los principales modelos teóricos que en la actualidad se han formulado en el estudio de la sabiduría.

Para comprender con más claridad esta referencia, vale la pena retomar la noción de coherencia, e incluso la de armonía, para entender la trascendencia de la comprensión holística de la experiencia vital que representa la sabiduría, y que resulta limitada en la tradición occidental por la histórica escisión entre cuerpo y alma, sostenida hasta el tiempo presente por la lectura platónica y cartesiana (Jullien, 2007). La vida, el dao, hace referencia a toda la potencialidad del ser de manera independiente de la forma en que se exprese en un momento dado, sin distinción de dimensiones físicas, psicológicas o sociales. Visto así, las diferencias entre las especies vegetales, animales y minerales se difuminan en el flujo de una experiencia natural, concentrada en la capacidad de cada individuo de “desplegar y conservar el potencial vital del cual está investido” (p. 18). La sabiduría consistiría precisamente en la sintonización con este principio, que sitúa a la coherencia, a la relación de cada acción, a cada expresión del individuo, al lado del todo con el cual es solidario.

En esta línea, Sternberg (1990), por ejemplo, ubica el balance en el corazón de la definición de sabiduría y lo enlaza con conceptos como el de “máxima tolerancia” dentro del sistema básico de los principios de justicia del sujeto, o con la integración contextual y holística que permite apreciar la especificidad de cada instante de la vida a la luz del pasado y del presente, de los nexos generacionales y de las estructuras y dinámicas socioculturales. Los planteamientos de Clayton y Birren (1980), Ardelt (2004, 2004a), Takahashi y Bordia (2000), Takahashi y Overton (2002), y autores como Pascual Leone, Csikszentmihalyi y Rathunde, Meacham, entre otros (Sternberg y Jordan, 2005), pueden inscribirse en esta tradición.

Además de estas características, a las que se suman la preocupación por el otro y el reconocimiento de la sabiduría como fenómeno de discurso y como construcción social (ver teorías implícitas y cotidianas sobre sabiduría, Bluck y Glück, 2005; Glück, Bluck, Baron y Mcadam, 2005), pueden adscribirse a la sabiduría otros aspectos que en la literatura se consideran universales. Por un lado, se destaca la fuerte raigambre sociocultural y colectiva que fundamenta a la sabiduría, a tal punto que Baltes (2004) la denomina “el sello de la evolución cultural y la pro-

ducción colaborativa asociada a la cooperación y el discurso” (p. 21); en esa línea, la sabiduría no se ubica sólo en un individuo en particular sino que se constituye en un patrimonio colectivo referido al comportamiento y las actitudes humanas, reflejado en múltiples facetas y estilos de conocimiento y actuación. De otro lado, si se tiene en cuenta que no necesariamente todas las personas que comparten un mismo contexto son sabias ni actúan de manera sabia en todas las situaciones (Ardelt, 2004a), se destaca la consideración de aspectos como el tiempo (cuestión que refiere directamente al tema del desarrollo y a los modelos de desarrollo humano) y la presencia de ciertos rasgos de personalidad, que desde la perspectiva del sentido común se asumen como esenciales en la definición de sabiduría.

Sobre el reconocimiento de ciertos rasgos de personalidad como característicos de la persona sabia cabe señalar que esta idea ha sido una de las más constantes a lo largo de la historia de la humanidad. La idea de que la sabiduría entraña reflexión, autoconciencia, espiritualidad, justicia, compasión, entre otras, viene de la mano de figuras muy representativas que se han convertido en íconos por sus características personales. Así, cuando las personas proponen como ejemplo de sabiduría a Juan Pablo II, al rey Salomón, a Jesús e incluso a escritores como Gabriel García Márquez, destacan ciertas particularidades que definen más a la sabiduría como “faceta de la personalidad” que como un tipo de conocimiento, materializada en una actitud contemplativa, una sensibilidad especial para con el otro y una experticia determinada fundamentalmente por la sedimentación de las experiencias vividas a lo largo del ciclo vital que le permiten considerar múltiples puntos de vista en una situación determinada. Es en este sentido que Monika Ardel (2000) define a la sabiduría como el punto más alto del desarrollo humano exitoso, efecto de cualidades tan positivas como la integridad del yo, la madurez, las habilidades sociales, la capacidad de juicio y evaluación, así como una comprensión excepcional de la vida en su conjunto.

En lo que respecta al tiempo, se encuentra que el desarrollo de actitudes como la contemplación y la reflexión, características del funcionamiento sabio, de modo tradicional se han asociado con la edad. Ya en Aristóteles (2004) se puede precisar esta idea a propósito de su reflexión sobre la juventud y la sabiduría:

Cada quien juzga lo que conoce, y de estas cosas es buen juez. Pero así como cada asunto especial demanda una instrucción adecuada, juzgar en conjunto sólo puede hacerlo quien posea una cultura general. Esta es la causa de que el joven no sea el oyente idóneo de elecciones en ciencia política, pues no tiene la experiencia de las acciones de la vida, de las cuales extrae la ciencia política sus proposiciones y las cuales se aplican estas mismas. Y además, como el joven es secuaz de sus pasiones, escuchará estas doctrinas vanamente y sin provecho, toda vez que el fin de esta ciencia no es el conocimiento, sino la acción (p. 5).

En estas coordenadas, para algunos autores, encabezados por Erikson (2000), la sabiduría se asume como una fuerza personal que se incrementa con la edad y que tiene su máxima expresión en la vejez, cuando el sujeto se enfrenta a situaciones importantes como la muerte propia y la de los seres queridos, la pérdida de autonomía física y de manejo corporal y la reflexión sobre los diferentes períodos de su vida. No obstante, y a pesar de que los planteamientos de autores como Kekes (1997), Assmann (1991) y el mismo Erickson han sugerido un cierto nexo entre la vejez y la sabiduría, estudios como el de Staudinger (1999), realizado con participantes entre 20 y 75 años, muestran que no existe ninguna relación entre estas dos variables en términos de un incremento de la sabiduría con la edad. Esta evidencia sostiene la idea de que la sabiduría responde más bien a la coalescencia de factores personales y vivenciales, aunque no desconoce el papel de la experiencia ni el potencial de los adultos mayores⁵.

Precisamente esta fue una de las puertas de entrada al estudio psicológico de la sabiduría, que se centró en el abordaje de la cognición, la creatividad y las capacidades de afrontamiento en adultos mayores (Achenbaum, 1997; Ardel, 2000, 2000a, 2000b, 1998; Meléndez y Gil, 2004; Del Río, 2007), bajo el supuesto de que las tradicionales limitaciones adscritas a esta etapa de la vida y el énfasis en la niñez y en la adolescencia como modelos del desarrollo, se derivaban más de prejuicios que de evidencias reales. Han sido estas manifestaciones psicológicas las que han llevado a cuestionar las concepciones de tiempo en el ser humano, cuestión que ha generado propuestas alternativas que reconocen la continuidad entre pasado, presente y futuro, los procesos de constante cambio y las particularidades de cada momento del ciclo vital.

5 La evidencia del estudio permite entender a la sabiduría como un conocimiento y una serie de características que puede alcanzarse en otros períodos de la vida y que puede asumirse sólo como un logro de la superación exitosa de la desesperación del yo.

Sabiduría y ciclo vital: un referente alternativo para pensar el desarrollo humano

En su reflexión sobre la relación del individuo con el patrimonio cultural humano, que circunscribió bajo las figuras de “inconsciente colectivo” y “los arquetipos”, Jung destaca la constante conexión del actuar presente, con el pasado y con el futuro a través de los vínculos interpersonales y las formaciones sociales que se establecen y se comparten a lo largo de la vida. Estos planteamientos, entre otros, han orientado una particular concepción de la vida humana en términos de una lógica procesual, de transformaciones constantes, de conexión con redes simbólicas y sociales y del papel de la experiencia cotidiana en la constitución y desarrollo de las estructuras psicológicas. Bajo este prisma, el desarrollo humano se asume como un proceso continuo (en el que no predomina una fase sobre otra); multidireccional (no necesariamente los procesos abarcan todo el ciclo o se orientan a la progresión); plástico (con diversos grados de transformación); contextual, multidimensional; histórico-cultural y dinámico, con pérdidas y ganancias.

Una de las referencias más destacadas a la hora de abordar los procesos humanos desde esta perspectiva es Erik Erickson (2000). Este autor parte de su formación psicoanalítica, de sus experiencias con tribus norteamericanas y de su trabajo clínico para proponer una interpretación de la existencia humana determinada por tres procesos de organización que se complementan de forma dinámica: el *soma* (proceso biológico de organización jerárquica de los sistemas orgánicos), la *psique* o el yo (proceso psíquico que organiza la experiencia individual) y el *ethos* (proceso colectivo en la organización cultural de la interdependencia entre los individuos). Estos tres procesos a su vez están orientados por un principio orgánico de epigénesis, según el cual el desarrollo integral del individuo es determinado por la manera en que se relacionan y se retroalimentan todos los procesos y las estructuras que lo componen. Desde esta perspectiva, se reconoce la existencia de leyes que determinan la evolución del sujeto, que corresponden a una secuencia de experiencias significativas generadoras de potencialidades para la interacción flexible con un creciente número de individuos, comportamientos, pautas sociales y sentidos culturales. Así, a partir de la experiencia con el propio cuerpo, con los otros y con diferentes contextos, el sujeto va desarrollando nuevas formas de relación y de comprensión de los conflictos, los vínculos sociales, las ritualizaciones, las actitudes, los valores y los principios culturales a los que se enfrenta a lo largo de la vida. Erikson (2000) plantea un ciclo de las generaciones compuesto por ocho ciclos o momentos del desarrollo psicosocial, caracterizados cada uno por un conflicto específico entre

fuerzas opuestas, en los cuales surgen virtudes o fuerzas básicas que permiten al sujeto construir soluciones particulares a las tensiones dialécticas de la cotidianidad.

En líneas generales, la perspectiva del ciclo vital supone un abordaje novedoso de los procesos de desarrollo, especialmente en lo que respecta a la orientación de los procesos vitales hacia la formalización y la abstracción de la experiencia. Desde este tipo de propuestas, el desarrollo se concibe como un proceso abierto, flexible, en el que todas las experiencias tienen un valor y un papel en la vida del sujeto. Se trata en últimas de una comprensión de las dinámicas de organización y reorganización de las estructuras cognitivas más cercana a una especialización en la experiencia, que a un alejamiento de ella para acceder al manejo y funcionamiento de principios normativos de carácter universal. En este sentido, el desarrollo humano se define como un proceso de concretización en contraposición a modelos tradicionales como el planteamiento piagetiano o la propuesta kohlbergiana sobre el desarrollo moral (Kohlberg, 1981), que proyectan el estadio final del desarrollo en términos de la constitución de un sujeto abstracto, liberado de la determinación de los contenidos particulares, los vínculos interpersonales y todos los sentimientos y contingencias. La novedosa perspectiva que introduce esta lectura ha nutrido una corriente crítica que cuestiona de manera abierta a toda una tradición estructuralista centrada en el modelo del juicio lógico-formal y de los procesos formales de razonamiento (Yáñez, 2005).

Una de las nociones que ha permitido avanzar en la búsqueda de marcos interpretativos distintos para el tema de la cognición, el desarrollo y la sabiduría es la noción de experticia (RAE, 2008), vinculada tanto a la “prueba” de algo como a la pericia entendida como saber, práctica, experiencia y habilidad en una ciencia o arte. Así, la experticia en tanto habilidad construida en la experiencia en un dominio de conocimiento específico vendría a sustituir la idea de formalización como eje para entender los diferentes niveles en los que las personas se especializan y se involucran en su cotidianidad para comprenderla.

Dreyfus (1993) concibe el conocimiento experto como un proceso no simbólico, tácito e intuitivo, de aprehensión del mundo vigente, que se funda en situaciones prácticas, sociales, culturales (Escalante, 2003). Esta referencia, central en los incipientes debates sobre la sabiduría y las posibilidades de investigación con respecto a este tipo de habilidad y conocimiento, remite a un punto de discusión que, junto al tema de la sabiduría como integración y coherencia, van perfilando la topología de este novedoso campo

de estudio. Al respecto, resulta necesario retomar el desarrollo del estudio psicológico de la sabiduría en aras de especificar no sólo la tensión que puede pesquisar como trasfondo en todas estas formulaciones, sino como una forma de ilustrar

cómo las definiciones intuitivas, también denominadas teorías implícitas (Sternberg, 1990) sobre sabiduría, han influido en las conceptualizaciones psicológicas (teorías explícitas) a lo largo del siglo XX.



Aproximaciones psicológicas al estudio de la sabiduría

La revisión del concepto presentada hasta aquí permite situar como coordenadas centrales del abordaje psicológico del tema tanto su vertiente reflexiva, que al modo del escepticismo propone la suspensión del juicio como índice del pensamiento del sabio (Jullien, 2001; 2007), como la conexión espiritual del sabio con los significados universales y latentes en la cultura, expresados a través de la experiencia onírica y de la creación artística. Estas referencias de manera progresiva se han encauzado hacia una lectura eminentemente cognitiva, formalizada en las nociones de experticia, habilidad intelectual, significación integradora, modalidad de procesamiento simbólico, estilo metacognitivo, autoconciencia, entre otros, que evidencian una particular aproximación al fenómeno sostenido en el trípode cognición-desarrollo-experiencia. Cabe destacar en este punto que de la mano de este novedoso interés por intentar definir y abordar la sabiduría, se introduce un cuestionamiento (más o menos evidente en cada propuesta teórica) frente a la noción de conocimiento como proceso de abstracción y matematización de la relación entre el sujeto y el mundo. El análisis sobre el problema del desarrollo, desde la perspectiva de la sabiduría, introduce un cuestionamiento a las concepciones universalistas y formalistas hegemónicas en el campo de la psicología cognitiva, que definen la actividad humana en términos de problemas o tareas discretas

sobre las que debería hacerse corresponder una forma y/o procedimiento cada vez más abstracto y general. Como bien lo señala Yáñez (1998), para que esta perspectiva se concrete es necesario que de manera previa puedan precisarse todos los estados y situaciones posibles relacionadas con el problema en cuestión, de tal suerte que pueda establecerse una correspondencia precisa y exitosa entre los procedimientos a seguir y la solución de la tarea.

La vida cotidiana, en contraposición, supone un escenario en el que las presuposiciones no son tan claras ni explícitas, son casi imposibles de codificar y empaquetar en reglas o componentes específicos. De hecho, esta forma de operar introduce el establecimiento de oposiciones y certidumbres que la experiencia y el sentido común desestabilizan de manera constante en función de las demandas, los intereses y los valores en juego en cada caso. En este punto, se enuncia toda una gama de posturas que van desde la idea de la suspensión del juicio defendida por los escépticos (toda afirmación supone la existencia de su contraria, por lo cual resultaría engañoso defenderla), pasando por la promoción de la creatividad y la transformación constante de los esquemas de pensamiento y significación de la experiencia, hasta la noción de un conocimiento intuitivo vinculado a la sabiduría, que excede el procesamiento de información y se vincula con la capacidad

de armonizar emociones en conflicto en función de los presupuestos implícitos de la dinámica social. En general, todas estas lecturas erigen a la sabiduría como la habilidad humana de más alto nivel, que se juega en el proceso de toma de decisiones y que en sí misma no puede ser evaluada

con las estrategias o instrumentos habituales de medición de la actividad cognitiva. Las aproximaciones psicológicas que se resumen en la tabla 1. dan cuenta del interés de los investigadores por establecer qué circunstancias conducen a su desarrollo y expresión.

Tabla 1. Definiciones de Sabiduría en Psicología

AUTOR	DEFINICIÓN
Robinson	Retoma tres definiciones históricas: Griega: Refiere a la vida moral, intelectual y práctica, a vivir una vida en conformidad con la verdad, la prudencia y la belleza. Cristiana: Vivir en concordancia con la ley de Dios y la verdad absoluta. Contemporaneidad: Comprensión científica de las leyes que gobiernan al mundo en movimiento.
Csikszentmihalyi & Rathunde	Desde una aproximación evolutivo-hermenéutica es un proceso cognitivo holístico, una virtud que guía la acción, al bien, y a un estado de bienestar.
Labouvie-Vief	Diálogo balanceado y natural entre el logos (formas lógicas de procesamiento, exterioridad, objetividad) y el mito (interioridad, subjetividad, formas orgánicas).
Baltes & Smith	Experticia en el dominio pragmático, por ejemplo en aspectos como la revisión y la planeación del ciclo vital, que requiere un conocimiento factual, procedimental y contextual enriquecido que permita afrontar situaciones impredecibles de la vida, establecer valores y prioridades en cada contexto, y resolver problemas cotidianos.
Chandler & Holiday	La filosofía contemporánea limita la conceptualización de sabiduría a un tipo tecnológico de conocimiento. Una definición más precisa de sabiduría requiere de una redesccripción multidimensional de los prototipos de competencias de conocimiento, que implica retomar formas de conocimiento antiguas que han sido relegadas.
Sternberg	Es un estilo metacognitivo más sagaz, capaz de aceptar los límites del conocer, y buscan la verdad hasta donde sea posible conocerla.
Orwoll & Perlmutter	Desde la perspectiva del estudio de la personalidad la sabiduría se define como un balance multidimensional, como la integración de la cognición con el afecto, la afiliación, y el compromiso social. La esencia de la sabiduría radica en el desarrollo articulado de la personalidad y de las habilidades cognitivas.
Meacham	Es la conciencia de falibilidad del conocimiento, basada en el balance entre el conocimiento y la duda. Desde esta perspectiva la sabiduría no está asociada a la edad en términos de condición, sino como cambio desde las manifestaciones más simples hasta las más profundas.
Kitchener & Brenner	Habilidad intelectual para comprender las limitaciones del conocimiento su impacto en la resolución de problemas no estructurados y en la formulación de juicios, rasgos característicos del juicio reflexivo.
Arlin	La sabiduría está íntimamente ligada a la habilidad de encontrar problemas, un proceso cognitivo fundamental de reflexión y juicio.
Pascual-Leone	Modo de procesamiento simbólico asociado a una voluntad altamente desarrollada. Corresponde a una integración de todos los aspectos de la personalidad, incluyendo el afecto, la voluntad la cognición y las experiencia vital.
Kramer	Integración orgánica de formas de pensamiento dialécticas y relativistas, afecto y reflexión; una perspectiva de la realidad esbozada en el marco de las relaciones interpersonales.
Birren & Fisher	Integración de los aspectos afectivos, conativos, y cognitivos de las habilidades humanas implicadas en la solución de los problemas y las tareas de la vida cotidiana. La sabiduría es el balance entre valores opuestos, intensidad emocional y desapego, acción e inercia, conocimiento y duda. Esta tiende a incrementarse con la experiencia y la edad, aunque no se encuentra exclusivamente en personas de edad.

AUTOR	DEFINICIÓN
Chistine A. Bates	Es un fenómeno singular o una especie de entidad, o un cuerpo de conocimiento desplegado para generar respuestas particulares. Actualmente la noción de sabiduría debe incorporar procesos para acceder a lo verdadero, que recogen las necesidades y los contextos de los individuos, la comunidad, la nación o de la gente en general.
Gerard Brugman	Experticia en la incertidumbre que incluye componentes metacognitivos, afectivos y comportamentales.
Howard M. Chandler	La psicología veda de Maharishi Mahesh Yogi propone que la fuente unificada de todo el conocimiento de la experiencia, incluidos el afecto y la cognición, se instala en el campo de la pura conciencia (el Self) que puede ser aprehendida por experiencia directa (autoconocimiento). La sabiduría es descrita como un estado de lucidez en el cual los resultados del autoconocimiento se estabilizan en una personalidad totalmente integrada.
William Randall & Gary Kenyon	<p>Dividen a la sabiduría en:</p> <p>Sabiduría ordinaria, referida a la búsqueda de sentido de la vida y del sufrimiento (dimensión místico-espiritual), a partir de la cual aceptamos, nos apropiamos y valoramos nuestras vidas y nuestra historia, incluyendo también lo no vivido o lo no contado.</p> <p>Sabiduría extraordinaria, que incluye seis dimensiones:</p> <ul style="list-style-type: none"> a) La dimensión cognitiva, que incluye el grado de comprensión intelectual b) La dimensión práctico-experiencial que remite al contenido de la vida cotidiana más que al uso de ideas y teorías abstractas c) El aspecto interpersonal que engloba la percepción de la totalidad de la vida vivida d) La dimensión ético-moral asociada a lo que los ancianos griegos situaron como “conocer y hacer el bien” e) La expresión idiosincrática, que concierne a las múltiples manifestaciones de la sabiduría en los seres humanos f) La dimensión místico-espiritual de la sabiduría extraordinaria, de la experiencia especial, o la introspección sobre la naturaleza del cosmos y el lugar que asume el ser humano allí.

(tomado de Birren & Svensson, 2005; pág. 16-18).

Abordajes empíricos y teóricos: teorías implícitas y explícitas sobre sabiduría

Con ese interés, y ante este mosaico tan diverso y prolífico de definiciones sobre el tema, resulta necesario abordar algunas aproximaciones empíricas y modelos analíticos sobre la cuestión. En esta vía, y como referencia princeps, se destaca el primer estudio empírico sobre sabiduría, que fue realizado en 1976, bajo el título de *A multidimensional scaling analysis of the concept of wisdom*, en el que se identificaron el afecto, la cognición, el estilo cognitivo y la resolución de problemas como componentes de la sabiduría. Más adelante, Clayton y Birren (1980, citados por Birren y Svensson, 2005) defendieron la concepción de la sabiduría como una competencia cada vez más diferenciada con la edad, y abordaron la cuestión a partir del estudio de las formulaciones y las experiencias que las personas planteaban sobre lo que hacía a una persona sabia o no. Esto llevó a postular la distinción entre teorías explí-

citas e implícitas de la sabiduría (diferenciación que se ha constituido en una convención esencial en el campo), que ubica en un lado a los autores que parten de teorizaciones hechas por expertos, y en otro, a los que parten de las narrativas personales y sociales, así como de las pautas culturales, para obtener un marco interpretativo que permita comprender la pluralidad de las situaciones que el sujeto enfrenta de manera cotidiana, la coherencia consigo mismo y con el mundo.

En general, no existe un patrón específico con respecto a qué tipo de referencias retoman unos y otros (en ambos tipos de teorías se hace referencia a conceptos como las competencias o habilidades), pero, como lo señalan Takahashi y Bordia (2000), sí se registra un mayor predominio de referencias a teorías explícitas en Occidente que en Oriente, donde la sabiduría se encuentra íntimamente ligada a la cosmovisión, la religión y la

identidad. De acuerdo con Meléndez y Gil (2004), existe una correspondencia entre los resultados de ambos tipos de teorías, lo que las hace compatibles; sin embargo, habría una cierta diferencia en términos de los énfasis de cada perspectiva en lo que refiere a los procesos o las dimensiones frente a las cuales aportan mayor conocimiento. Así, mientras que las teorías explícitas proporcionan mayor precisión sobre los componentes del razonamiento, la sagacidad, el aprendizaje, el juicio, el uso de la información y la perspicacia, las teorías implícitas de la sabiduría son más detalladas en especificar aspectos no cognitivos de la sabiduría, más del orden de la intuición, la experticia como habilidad no simbólica-lógica, la sensibilidad y el arte.

Dentro de las posturas explícitas más destacadas se encuentra la propuesta de Sternberg (1990), quien propone una serie de atributos para la persona sabia, dentro de los que se destacan el reconocimiento de límites de su propio conocimiento, la evaluación del sentido de los juicios y procedimientos, la aceptación de la ambigüedad y la incertidumbre, el discernimiento de los obstáculos y oportunidades, el vínculo con los otros, la consideración de las implicaciones de su acción y la comprensión de la estructura, los supuestos y el significado que subyacen a los fenómenos y acontecimientos de la vida humana. Sternberg destaca el uso del razonamiento, de la habilidad para resolver problemas y la capacidad de aplicar información, y propone seis componentes claves en la sabiduría: habilidad de razonamiento, sagacidad, aprendizaje a partir de ideas y de los elementos del ambiente, juicio, celeridad a la hora de usar información y perspicacia. La teoría del balance propuesta por este autor, se define como acción orientada, adquirida sin ayuda de otros, que permitiría la obtención de logros altamente valorados por el individuo. En este marco, el conocimiento tácito refiere al conocer cómo más que al conocer qué, de forma independiente del nivel académico, y responde al balance entre las dimensiones intrapersonal, interpersonal y los intereses extrapersonales, que a su vez permite el balance entre la adaptación al entorno, la capacidad de transformar las condiciones ambientales existentes y la capacidad de seleccionar entre diferentes entornos, tanto a corto como a largo plazo.

Junto a Sternberg aparece la propuesta de Kramer (1990), quien desde un marco organísmico define a la persona sabia como un teórico en potencia que cuenta con un conjunto de asunciones sobre la vida social y que es capaz de aplicarlas en diversos dominios para resolver problemas, que puede aconsejar a otros, transformar las instituciones sociales y que busca darle sentido y continuidad a su experiencia. Desde esta perspectiva, cognición y emoción son dominios interdepen-

dientes, que se reflejan en cinco funciones que incluyen la sabiduría: reconocimiento de la individualidad, capacidad para contextualizarse, compromiso con estrategias cooperativas y grupales, reconocimiento de las posibilidades de cambio y reconocimiento de la necesidad de integrar la cognición y el afecto.

Finalmente, está la propuesta del Max-Planck Institute, liderada por Baltes (Baltes y Staudger, 2000), que parte de una perspectiva psicométrica para situar dos tipos de inteligencia como base para la caracterización de la sabiduría. Estos dos tipos son: la inteligencia fluida (razonamiento flexible) y la inteligencia cristalizada (acumulación de hechos, información y conocimiento; depende más del entrenamiento y la experiencia). Con este insumo, que resuena en los dos criterios de la inteligencia pragmática (la inteligencia factual y procesual) elegidos para estructurar la definición de sabiduría, se inició el Proyecto Berlín a finales de la década de 1980, que planteó cinco componentes básicos para esta definición: conocimiento factual, conocimiento procedimental, contextualización acorde con el ciclo vital, relativismo y habilidad de comprender y manejar la incertidumbre. Dentro de la misma escuela se destaca el trabajo de Staudinger, que hace énfasis en la sabiduría como un producto de la interacción social, más centrada en el papel de la cultura y el entorno, en la emergencia y el incremento de las habilidades asociadas a la sabiduría. De acuerdo con esta perspectiva, la sabiduría es el balance entre la cognición social e individual, y puede definirse en términos de un conocimiento transmitido culturalmente en contextos de actuación e interacción social, por lo que los entornos familiar y educativo cobran una gran importancia. Lo anterior muestra que, en suma, para el grupo de Berlín, y particularmente para Baltes, la sabiduría concierne a los elementos pragmáticos de la vida y la adaptación, enfocados a la adquisición de conocimiento y la experticia, por lo que su teoría con frecuencia hace alusión a la armonización entre mente (cognición) y virtud.

En contraposición, en lo que respecta a las teorías implícitas, aparecen los planteamientos de autores como Taranto (1989) y Brugman (2000), quienes parten de la revisión de la literatura filosófica y psicológica para sintetizar su definición de sabiduría, retomando aportes de la perspectiva eudaimonista, de la psicología social y del ciclo vital. Taranto afirma que la sabiduría supone el reconocimiento y la respuesta a las limitaciones humanas, así como la comprensión de la naturaleza humana en su conjunto: la interacción social, las habilidades físicas, el ciclo vital y los diferentes tipos de conocimiento. Por su parte, Brugman destaca los componentes afectivos, metacognitivos y comportamentales de la sabiduría, y busca articularlos a la noción de narrativa.

En sus investigaciones, la sabiduría es entendida a partir de los modos en que los individuos interpretan sus vidas y su coherencia narrativa, medida determinada por la fracción de eventos positivos controlables del total de eventos positivos reportados y la fracción de eventos negativos controlables del total de eventos negativos reportados. Con base en sus trabajos empíricos, el autor finalmente permite reconocer que la sabiduría está aparejada con la duda y la incertidumbre; en otras palabras, la sabiduría es producto de la emergencia y la aceptación de la incertidumbre en el marco de la integración y la interpretación de las experiencias vitales.

Meacham (1990), por su parte, desarrolló el concepto de “matriz de conocimiento del contexto” como dispositivo en el que se equilibra la percepción de qué tanto se sabe y qué se ignora con respecto a todo lo que se puede conocer. Para este autor, la sabiduría radica en el balance entre conocimiento y duda, mientras que la creencia en la posibilidad de conocer todo lo que puede ser conocido lo considera como falta de sabiduría.

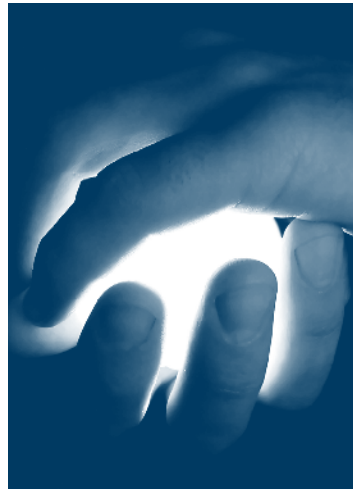
Las anteriores concepciones pueden sugerir la idea de que las teorías implícitas renuncian a la articulación entre verdad, conocimiento y sabiduría, y que definen esta última en función de una conexión profunda con aspectos más allá de lo puramente cognoscitivo. Sin embargo, también se encuentran posturas que sin desprenderse de la referencia intuitiva mantienen la apuesta por el conocimiento “sabio” de la realidad. En esta línea, se destacan los trabajos de McKee y Barber (1999), quienes resumen la esencia de la sabiduría en la siguiente fórmula, que destaca el papel de la comprensión intuitiva: “ver a través de la ilusión”. No se trata de lo que se conoce sino de cómo se conoce. Este abordaje, que se compone de tres factores: saber que la creencia es ilusoria, permitirse ser vulnerable en el futuro al error y/o a la ilusión y empatizar con aquellos que todavía permanecen sujetos a las ilusiones, sigue la línea aristotélica al postular a la sabiduría como el conocimiento de los primeros principios y sugiere como orientación conocer la realidad más allá de las apariencias. Chandler y Holiday (1990) siguen otra línea y consideran que el sabio es un descriptor competente, bien definido, prototípicamente organizado, producto de cinco factores: una comprensión excepcional, basada en el aprendizaje de la experiencia y una lectura panorámica de la

situación; habilidades comunicativas y de juicio, basadas en la capacidad de comprender y juzgar de forma correcta la vida cotidiana; una competencia general, basada en la inteligencia y la educación; habilidades interpersonales, basadas en la sensibilidad y en la sociabilidad y la capacidad de ser discreto y no enjuiciar al otro. Esta concepción resuena en la revisión comprensiva de Bates (1993), quien sintetiza a la sabiduría en términos de un manejo especial de la propia vida, exteriorizado en la comprensión del otro, la toma de decisiones y el juicio. Bates subraya los valores de la sabiduría y destaca que sólo se conoce el carácter sabio de una persona o de su decisión por sus efectos, y parece que en el intento por ser sabios las personas adoptan determinados sistemas de creencia que proporcionan el marco de referencia para sus decisiones y acciones.

Bates introduce la idea de que la retrospección conduce a la sabiduría a partir del término jungiano de “enantiodromia”⁶, entendido como flujo retroactivo.

Ardelt (2000, 2000a, 2000b, 2004, 2004a, 2005), una de las investigadoras más destacadas en este campo, define la sabiduría a partir de la interacción de tres componentes: habilidad cognitiva para discernir la realidad y la verdad tal cual es; reflexibilidad para comprender y trascender la propia subjetividad y proyección; y afectividad, empatía y compasión frente a los otros. En un estudio reciente, (Ardelt, 2005) puso a prueba la hipótesis de que la sabiduría proviene de fuentes psicosociales en la infancia, y que la sabiduría tendría un impacto positivo en la calidad de vida del adulto mayor. El estudio no confirmó que la sabiduría está determinada por la infancia, pero sí mostró que las personas sabias envejecen de modo más tranquilo que las que no. Los estudios de Ardel t han mostrado que la sabiduría tiene mayor influencia en la satisfacción con la propia vida que en las relaciones sociales o en circunstancias objetivas de la vida.

Finalmente, está el estudio longitudinal de Chandler (1990), que tuvo una duración de diez años, en los que los participantes hicieron parte de un grupo de meditación. Este estudio concluye que la sabiduría constituye un estado de iluminación en el que la estabilización del autoconocimiento deriva en una personalidad integrada en su totalidad. Este autor estudió la sabiduría a partir de su operacionalización con base en la medida de desarrollo del self de Loevinger (1976),



la motivación íntima de McAdams y los principios del desarrollo moral de Rest. Chandler estableció que la meditación trascendental reduce el estrés, lo que permite el conocimiento de la trascenden-

cia de los límites del lenguaje y el pensamiento representacional. Sus datos sugieren que un estado de tranquilidad psicofisiológica se asocia con la expresión de la sabiduría.

Conclusiones

¿Por qué la sabiduría nos permite avanzar hacia una nueva comprensión de lo moral y lo político?

Esta revisión panorámica de la sabiduría, su definición y algunos de sus posibles abordajes teóricos y metodológicos en psicología, sugiere algunos caminos para la reflexión y la discusión sobre la moralidad y la ciudadanía desde diferentes perspectivas. Tal vez la más destacable y la más “constante” en toda la gama de formulaciones que, como se vio, se han elaborado a propósito de este concepto remite a la idea de un conocimiento práctico, una forma muy particular de conocimiento que se sustenta fundamentalmente en la experiencia del individuo con el acervo social y cultural de su comunidad, con su propio desarrollo y las condiciones de su momento del ciclo vital, con sus propias posibilidades y límites, con las contingencias y crisis personales, con el sentido y el significado de sí mismo y de su existencia en el mundo. En general, todos los intentos de explicación y de caracterización de la sabiduría, sea como competencia o habilidad, como actitud o como manifestación de la personalidad, plantean una íntima conexión entre el saber del sabio y la práctica, que excede por completo la instrucción explícita o la formación académica (sin desconocerla), y que se identifica por su particularidad y la dificultad para situar su especificidad. Y es que lo que muestra la investigación sobre esta “modalidad” de saber, que se desarrolla con el tiempo, pero que en modo alguno es una condición automática de cierta etapa de la vida, es que su transmisión y su uso se realiza en el acto que lo sostiene y no a través de un enunciado de conocimiento o una receta determinada y abstracta que funcione en todos los casos.

Lo que se tiene en frente es una práctica que ha persistido a lo largo de la historia, que ha cuestionado la forma en que se ha concebido la relación, la adquisición y el desarrollo del sujeto con el conocimiento en la ontogenia, que constata la coordinación de dominios que de manera tradicional se han concebido como distintos (cognitivo, comunicativo, afectivo y social), y que en últimas parecen indicar la imposibilidad de disociar la sabiduría de la moralidad, en función de los efec-

tos del juicio sabio sobre el modo en que el ser humano se define, la forma como vive la vida, en que se relaciona con el otro y se hace un lugar en comunidad. En este sentido, pensar la sabiduría, considerarla como categoría en psicología, implica poner en discusión la forma en que se define al individuo, así como las concepciones sobre su desarrollo y sobre el pensamiento humano en su conjunto. En efecto, la misma producción que se reviso ya sugiere algunas coordenadas para el debate: la temporalidad, la subjetividad y la identidad son nociones que terminan afectadas, que se vinculan necesariamente con las dinámicas propias de la cotidianidad y que reclaman una mirada distinta a la tradicional lectura aséptica y neutral de la ciencia psicológica.

Ahora bien, lo que se está planteando no supone una desvalorización del razonamiento o de las estructuras cognitivas, tampoco una incitación a la reclusión del sujeto en su “parcela interior”, al ubicar a la sabiduría del lado de características de personalidad como la autorreflexividad o el ejercicio de la introspección y la contemplación. Justamente lo que muestra una aproximación inicial son ciertas manifestaciones de lo que podría considerarse sabio, que de forma constante se intenta desmarcar de lo que tradicionalmente se asume como inteligente, pero que no debe concebirse como una oposición a la simbolización e incluso a la racionalización en sentido amplio. En este orden de ideas, de lo que se trata no es de generar un estereotipo de la sabiduría, sino más bien de cuestionar el funcionamiento de lo humano en términos de reglas o ideas universales que siempre se aplican y/o se explicitan de la misma manera y en todos los casos. Al respecto, resulta aclaradora la invitación de posturas como el psicoanálisis, que señalan los efectos nefastos del fundamentalismo del saber y que más bien invitan al despliegue de un saber no-todo, no segregacionista, a través del cual se preserve la singularidad del sujeto y sus posibilidades de invención frente a la incertidumbre.

¿Cómo entender esto? ¿Cómo asumir esta in-

vitación? ¿Cómo entender el desarrollo moral en esta lógica? ¿Cómo extender la perspectiva de la sabiduría moral a los espacios públicos, educativos y ciudadanos? Por el momento, se puede afirmar que es por la vía de la flexibilidad, de la experticia, de la coordinación y la diferenciación de saberes y dominios de la experiencia, que se podría pensar estas cuestiones, teniendo en cuenta que una de las dimensiones esenciales de esta perspectiva radica en las posibilidades que ofrece al sujeto para arreglárselas con la institución, con el ordenamiento social y cultural y con los vínculos afectivos. Si en algunos apartados se planteó la importancia de la coherencia y la armonía con respecto a los contextos en los que el sujeto se inscribe, resulta también pertinente hablar de su capacidad de movilidad y de transformación constante como un aspecto consustancial a la posición del sabio. En otras palabras, en el centro de la sabiduría está el frágil balance entre lo permanente y lo cambiante del funcionamiento humano, que desborda la dicotomía forma-contenido, para apuntar a la comprensión profunda de las diversas manifestaciones de la “potencia vital” humana y las maneras en que las personas se sintonizan con éstas a pesar de la incertidumbre que acompaña cada uno de sus juicios y actos.

En conclusión, hay que señalar las consecuencias políticas de la sabiduría, que sin lugar a dudas está impregnada de la herencia cultural y que en su despliegue “cuenta” y tiene (por así decir-

lo) como punto de partida las particularidades del discurso y de la cultura en la que se inscribe. No basta con desplegar habilidades cognitivas, comunicativas y emocionales vaciadas de contenido para ejercer la sabiduría o para emitir juicios sobre el funcionamiento de la sociedad, sobre los derechos y deberes, es necesario, como señala Indart (1998), “haber dado en el blanco” con el uso de esas ideas, inventarse en cada acto y tomarse el trabajo de pensar un poco más allá (de manera holística, y con la coordinación de experiencias, saberes y dominios, en la que se tenga en cuenta el trasfondo cultural y pragmático de la situación) de la relación del juicio con un determinado principio ético. La transmisión y la enseñanza de la sabiduría no serán posibles a través de una instrucción enciclopédica o fuera del marco de los vínculos personales y sociales del sujeto. Al contrario, es dentro de las coordenadas del contexto y del estilo cultural particular, y a través de la experiencia con distintas culturas, comunidades y personas, que es posible transmitir la esencia de la sabiduría, de tal suerte que su verdad, el sentido profundo de su enunciación, sea difundido. Aquí está la clave del legado de la sabiduría: el saber en juego es un saber que tiene efectos de verdad en el otro⁷, implica al sujeto en relación con el tejido humano que habita sin convertirse en un imperativo y lo articula a la realidad individual⁸, social, cultural que lo constituye y en la que se desenvuelve.

⁷ Ya sea como interrogación a la posición del sujeto en relación con sus formas de goce y con sus ideales (desde una lectura psicoanalítica, por ejemplo) o como saber que evoca valores centrales en la constitución de su personalidad y en su identidad (ver Augusto Blasi, Erik Erikson, Jane Loevinger).

⁸ En términos de su experiencia en conjunto. Con base en la tradición oriental, fundamentalmente las enseñanzas de Zhuangzu, se trata de nutrir la dimensión física y espiritual en cada instante, sin disyunciones ni dualismos (Jullien, 2007).

REFERENCIAS

- ACHEMBAUN, W. A. (1997). *The wisdom of age. An historian's perspective. In: Distinguished lecture series.* Institute on aging. University of North Carolina. North Carolina. Tomado de: <http://www.aging.unc.edu/infocenter/resources/1997/achenbaumw.pdf>
- ARDELT, M. (2000). *Antecedents and effects of wisdom in old age. A longitudinal perspective on aging well.* En: *Reserch aging*. Vol. 22. No. 4, July 2000. pp. 360-394. Tomado de: <http://www.clas.ufl.edu/users/ardelt/>
- ARDELT, M. (2000a). Intellectual versus wisdom-related knowledge: The case for a different kind of learning in the later years of life. *Educational Gerontology: An International Journal of Research and Practice*, 26(8). pp. 771-789. Tomado de: <http://www.clas.ufl.edu/users/ardelt/>
- ARDELT, M. (2000b). Antecedents and effects of wisdom in old age: A longitudinal perspective on aging well. *Research on Aging*, 22(4). pp. 360-394. Tomado de: <http://www.clas.ufl.edu/users/ardelt/>
- ARDELT, M. (1998). Social crisis and individual growth: The long-term effects of the Great Depression. *Journal of Aging Studies*, 12(3). pp. 291-314. Tomado de: <http://www.clas.ufl.edu/users/ardelt/>
- ARDELT, M. (1997). Wisdom and life satisfaction in old age. *Journal of Gerontology: Psychological Sciences*, 52B(1). pp.15-27. Tomado de: <http://www.clas.ufl.edu/users/ardelt/>
- ARDELT, M. (2004). Wisdom as expert knowledge system: A critical review of a contemporary operationalization of an ancient concept. *Human Development*, 47(5). pp. 257-285. Tomado de: <http://www.clas.ufl.edu/users/ardelt/>
- ARDELT, M. (2004a). Where can wisdom be found? – A reply to the commentaries by Baltes and Kunzmann, Sternberg, and Achenbaum. *Human Development*, 47(5). pp. 304-307. Tomado de: <http://www.clas.ufl.edu/users/ardelt/>
- ARDELT, M. (2005). How wise people cope with crises and obstacles in life. Revision: A Journal of Consciousness and Transformation, 28(1). pp. 7-19. Tomado de: <http://www.clas.ufl.edu/users/ardelt/>
- ARISTÓTELES. (2004). *Ética nicomaquea*. Porrúa. Buenos Aires.
- ASSMANN, A. (1994). Wholesome knowledge: Concepts of wisdom in a historical and cross-cultural perspective. In D.L. Featherman, R.M. Lerner y M. Perlmutter (Ed.) *Life-span development and behavior* (Vol. 12, pp.187-224). Lawrence Erlbaum. Hillsdale, ,N. J.
- BALTES, P. (2004). *Wisdom as orchestration of mind and virtue*. Berlin: Max Planck Institute for Human Development. En prensa. Tomado de: http://library.mpib-berlin.mpg.de/ft/pb/PB_Wisdom_2004.pdf
- BALTES, P., KUNZMANN, U. (2004). The Two Faces of Wisdom: Wisdom as a General Theory of Knowledge and Judgment about Excellence in Mind and Virtue vs. Wisdom as Everyday Realization in People and Products. *Human Development* 2004; 47. pp. 290-299. Tomado de: <http://content.karger.com/ProdukteDB/produkte.asp?Aktion=ShowFulltext&ArtikelNr=000079156&Ausgabe=230255&ProduktNr=224249>
- Baltes, P. B., STAUDINGER, U. M. (2000). Wisdom: A metaheuristic (pragmatic) to orchestrate mind and virtue toward excellence. *American Psychologist*, 55, pp.122-136.
- BATES, C. (1993). *Wisdom: A postmodern exploration*. Disertación doctoral no publicada. University of Southern California: Cambridge University Press.
- BIRREN, J., SVENSSON, Ch. (2005). Wisdom in history. En: Sternberg, R. y Jordan, J. (Ed.) (2005). *A Handbook of wisdom. Psychological Perspectives*. Cambridge University Press. New York.
- BRUGMAN, G. (2000). *Wisdom: Source of narrative coherence and eudaimonía*. Uitgeverij Eberon. Delft, Netherlands.
- CHANDLER, H. (1990). *Transcendental meditation and awakening wisdom: A 10-year longitudinal study of self development*. Disertación doctoral no publicada. Maharashi International University. Fairfield, Iowa.
- CHANDLER, M., HOLLIDAY, S. (1990). Wisdom in postapocalyptical age. En: Sternberg, R. (Ed.) (1990). *Wisdom: Its nature, origin and development*. Cambridge University Press. New York.
- DREYFUS, H. L. (1993). Was ist moralische Reife? Eine phänomenologische Darstellung der Entwicklung ethischer Expertise. *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*. 41, 3. pp. 435-458. Akademie Verlag, Berlin.
- DEL RÍO, J. (2007). *Revisión de las investigaciones psicológicas sobre la creatividad*. Observatorio (OBS*) Journal, 2 (2007), pp. 253-302.

- ERIKSON, E. (2000). *El ciclo vital completado*. Paidós. Barcelona.
- Escalante, E. (2003). *Modelo Dreyfus: las destrezas/competencias organizacionales*. Documento de trabajo. Recuperado de: http://www.cidicom.org/editorial/setiembre_7.pdf
- GLÜCK, J.; BLUCK, S.; BARÓN, J.; MCADAMS, D. (2005). The wisdom of experience: Autobiographical narratives across adulthood. En: *International Journal* 2005, 29 (3). pp. 197–208. International Society for the study of Behavioral Development.
- INDART, J. C. (1998). *Cortesía y psicoanálisis*. En: *Revista Más Uno*. Psicoanálisis y lógicas colectivas. EOL. No. 3. Octubre de 1998. pp. 24-48.
- JULLIEN, F. (2001). *Un sabio no tiene ideas*. Taurus. Buenos Aires.
- JULLIEN, F. (2007). *Nutrir la vida. Más allá de la felicidad*. Katz editores. Buenos Aires.
- KEKES, J. (1997). *Moral wisdom and good lives*. Cornell University Press: London.
- KRAMER, D. (1990). Conceptualizing Wisdom: The primacy of affect-cognition relations. En: Sternberg, R. (Ed.) (1990). *Wisdom: Its nature, origin and development*. Cambridge University Press. New York.
- LOEVINGER, J. (1976). *Ego Development*. San Francisco: Jossey-Bass.
- MCKEE, P., BARBER, C. (1999). On defining wisdom. *International International Journal of Aging and Human development*. 49. pp. 149-164.
- MEACHAM, J. (1990). The loss of wisdom. En: Sternberg, R. (Ed.) (1990). *Wisdom: Its nature, origin and development*. Cambridge University Press. New York.
- MELÉNDEZ, J. C., Gil, M. D. (2004). *Sabiduría y envejecimiento*. En: *Geriátrika* 2004; 20(5). pp. 218-225.
- REAL ACADEMIA DE LA LENGUA. (2008). *Diccionario de la lengua española*. Ed. 22a. Versión electrónica tomada de: www.rae.org.
- STERNBERG, R. (Ed.) (1990). *Wisdom: Its nature, origin and development*. Cambridge University Press. New York.
- STERNBERG, R., JORDAN, J. (Ed.) (2005). *A Handbook of wisdom. Psychological Perspectives*. Cambridge University Press. New York.
- TAKAHASHI, M. (2000). Toward a culturally inclusive understanding of wisdom: Historical roots in the East and West. *International Journal of Aging and Human Development*, 51(3). pp. 217-230. Tomado de: <http://www.neiu.edu/~mtakahas/homepage.html#wisdom>
- TAKAHASHI, M., BORDIA, P. (2000). The Concept of Wisdom: A Cross-Cultural Comparison. *International Journal of Psychology*, 35 (1). pp. 1-9. Tomado de: <http://www.neiu.edu/~mtakahas/homepage.html#wisdom>.
- TAKAHASHI, M., OVERTON, W. F. (2002). Wisdom: A culturally inclusive developmental perspective. *International Journal of Behavioral Development*, 26(3) pp. 269-277. Tomado de: <http://www.neiu.edu/~mtakahas/homepage.html#wisdom>.
- TROWBRIGDE, R. (2005). *The scientific approach to wisdom*. Tomado de: <http://www.wisdompage.com>
- TROWBRIGDE, R. (2008). *A wisdom handbook*. Tomado de: www.wisdomcenteredlife.org
- TROWBRIGDE, R. (2008a). *A chronology of wisdom literature in western tradition*. Tomado de: www.wisdomcenteredlife.org, el 6 de enero de 2008.
- WOLMAN, B. B. (1973). *Handbook of general psychology*. Eglewood Cliffs, Prentice Hall. New Jersey.
- YÁÑEZ, J. (1998). *La angustia cartesiana y el constructivismo radical de Varela*. En: *Aportes a la psicología*. Año 4. No. 7. Julio-diciembre de 1998. pp. 239-259.
- YÁÑEZ, J. (2005). *Razonamiento sociomoral en los niños con respecto a las relaciones de inclusión y exclusión*. Investigación financiada por Colciencias y la División de Investigaciones de la Universidad Nacional. Informe entregado en abril de 2005.